

Costa Rica Ilustrada.

REVISTA SEMANAL DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

DIRECTOR,—Pío YÍQUEZ.

REDACTORES,—DR. RAFAEL MACHADO. Y J. MARCELINO PACHECO.

PRECIO DE SUSCRICION

En Costa Rica..... \$ 1-50
En el extranjero..... 2-00
Número suelto..... 0-25

Año II.—Tomo II.—Número 10

San José, 24 de febrero de 1889.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,
CALLE DE LA MERCED, N° 3, NORTE.

CONDICIONES DE LA SUSCRICION

Costa Rica Ilustrada se publica todas las se-
manas.

La suscripción es por trimestre adelantado.

Apartado en el Correo, número 33.



DON MANUEL M. PERALTA.

DIBUJO DE P. CALDERÓN.

GRABADO DE J. A. SOYO.

SUMARIO.

Don Manuel María Peralta.—Federico de la Vega.—Artículo sin nombre, por Riquelme.—Del Natural, por Pío Viquez.—Sambres, poesías por Euilio Pacheco.—El naturalismo, por J. M. Pacheco.—Tristeza, por J. M. Alfaro.—La Propiedad Rural en Costa Rica, traducción de Pío Viquez.—Tristeza y Dolor, en el álbum de la señorita Dolores Montañez, por Francisco E. Galindo.—La mujer en el siglo XIX, de "La Revista Ilustrada de Nueva York."—Mi árbol, por Rafael Machado.—To be or not to be, á Rosarín, por G. Ortega.

Don Manuel María Peralta.

TENEMOS el gusto de ofrecer en este número de "Costa Rica Ilustrada" el retrato de don Manuel María Peralta, distinguido costarricense.

La prensa europea y la americana se han ocupado muchas veces del señor Peralta, quien en fuerza de su propio mérito ha podido lograr puesto honroso en la literatura y en la diplomacia.

Ausente de aquí, desde hace cerca de veinte años, el señor Peralta no ha perdido el amor á su patria, y lejos de eso, lo tiene bien acreditado en el cumplido desempeño de misiones diplomáticas en Estados Unidos y en varias naciones europeas.

Actualmente es Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Costa Rica, en España, Francia, Inglaterra, Bélgica y Alemania; y en la primera de esas naciones defiende los derechos de esta República, en su cuestión de límites con Colombia, sometida al arbitraje del Gobierno Español.

El señor Peralta es notable por varios motivos. Se distingue como poligloto, se distingue por la memoria felicísima de que está dotado, por algunas notas inolvidables que ha arrancado á su lira, y por obras concienzudas y de largo aliento, como es, por ejemplo, la que escribió sobre Costa Rica, Nicaragua y Panamá. Tiene sobre todo, talento claro y cultura esmerada.

Dado á los estudios de la historia antigua de estos países, tal vez sea hoy el centroamericano que mejor conoce nuestros antecedentes, y la evolución que se ha verificado en el transcurso del tiempo, desde los aborígenes hasta hoy.

Don Manuel María Peralta, ha obtenido en varios países honoríficas condecoraciones, y es miembro de importantes sociedades científicas y literarias, y ha merecido honras muy señaladas de algunos Soberanos.

Nos complacemos en tributarle el obsequio de colocar su retrato en este número de "Costa Rica Ilustrada;" y esperamos que durante muchos años todavía, pueda prestar sus servicios al país que lo vió nacer.

R. M.

FEDERICO DE LA VEGA.

Pronto honraremos las columnas de "Costa Rica Ilustrada" con el retrato de este distinguido escritor español. Murió en Cuantla, Morelos, (México) á las siete de la mañana del día 27 de diciembre del año pasado.

Esta tristísima noticia la hemos recibido por el "Diario de Centro América", correspondiente al 29 de enero último.

Hay hombres que se elevan por sus propios méritos, por su asiduidad en el estudio, por la honradez, por las dotes de la inteligencia y del corazón.

Federico de la Vega, español de origen, se radicó en París. Allí tenía correspondencias establecidas con casi todos los periódicos de la América del Sur; y nunca olvidó al "Costarricense", donde se publicaron sus "Cantos Berroqueños". Aquel literato deja tras de sí la "Política entre bastidores", las "Mendencias filosóficas", la "Vulgarización de la ciencia", en varias obras cuya propiedad conservaba.

No nos ocuparemos de lo que dice la prensa mexicana referente á la trágica muerte del distinguido escritor español; pero

en estos momentos se nos viene á la memoria la exactitud con que Tassara dijo: "el genio es una gran fatalidad".

La América toda está obligada á consagrar un recuerdo al liberal esforzado, que campeó en las luchas del progreso moderno, con ardiente fe y noble corazón.

Nos complacemos en consagrar á la memoria de tan distinguido escritor estos pálidos pensamientos.

Federico de la Vega: descansa en paz!

R. M.

ARTICULO SIN NOMBRE.

CON exactitud innegable afirma Salomé Jil, refiriéndose á los temblores, que para que haya terremoto se necesitan dos cosas: tierra y movimiento. Nosotros, ó mejor dicho la Nación, tiene territorio, si bien en parte ha sido disputado por nuestros hermanos y vecinos de Nicaragua y de Colombia; y en cuanto á movimiento, se encargan de vez en cuando de darle al territorio, ya de oscilación, ya de trepidación, no sabemos si el Irazú, ó el Poás, ó el Turrialba, ó el de Barba, ó todos ellos y otros más, combinados en subterránea inteligencia; ó la luna, las corrientes termo-eléctricas, ó las influencias siderales. Profanos á la ciencia, un poco incrédulos cuando ella trata de averiguar la existencia y la causa de las enfermedades internas del hombre y del planeta que habita, nos atenemos al aforismo que pronunció Salomé Jil, acerca de temblores; y profesamos profundo respeto á las sublimes verdades de Pero Grullo, quien á la mano cerrada la llamaba puño. El año pasado pasó, y se despidió de nosotros como año bisiesto, diciéndonos un adiós muy imponente.

¡Qué noche la del 29 de diciembre, y qué mañana la del 30! El temblor de las cuatro fué algo serio, y carecía de conciencia y de discernimiento; dañó algunos edificios públicos y otros los dejó intactos; dejó algunas casas arruinadas, otras con averías, y otras como si temblores no hubiese habido. Y cuando uno ve lo que sucede con los temblores, con las loterías, con las rifas, con la política, casi se siente inclinado á enfrentarse á los predicadores de la igualdad, para decirles: mentis; la igualdad no existe en cosa alguna sobre la tierra. Las hambres no venimos al mundo del mismo modo, porque unos nacen de pies y otros de cabeza; no morimos de la misma suerte, y en el transcurso más ó menos corto que media entre la cuna y el ataud, todos vamos con diversas fisonomías, con distintos méritos y sentimientos, obedeciendo á leyes de divinidad pagana, que camina sobre una sola rueda y con los ojos vendados.

Las naciones, las ciudades, las familias, los individuos, todas están sujetos á leyes providenciales é ineludibles. Impacios extinguidos yacen en sus grandiosas tumbas en el panteón de la Historia. Ciudades sepultadas van descubriendo sus restos mortales á consecuencia de las excavaciones. Una nacionalidad impiamente muerta agita sus restos palpitantes en la máquina galvánica del recto criterio humano; y hoy mismo dos provincias amantes de su nacionalidad ingénita, sufren el yugo de otra extraña.

Daños de bastante consideración causaron en esta República los terremotos del 30 de diciembre del año pasado; y á nuestro juicio, ellos encierran una lección que debemos aprovechar para las nuevas construcciones de edificios. El lujo arquitectónico no es para nosotros. Nuestro lujo debe estar en los esmerados cultivos de los fértiles campos, y en las ciudades el lujo debe consistir en palacios y en casas construidas sin más aspiración que garantizarse, hasta donde sea posible, de los desastres á que estamos siempre expuestos á causa de fenómenos seismológicos.

En medio de los daños que lamentamos, hay cosas consoladoras. El siniestro no llegó á producir completa ruina, y el Gobierno, siempre celoso del bien general, dictó sus provi-

dencias para el inmediato alivio de los necesitados. El desgraciado suceso despertó en favor de nosotros las simpatías de nuestros hermanos de las otras Repúblicas de Centro América; y las Juntas de Socorro, establecidas á iniciativa del señor Ministro don Máximo Fernández, están llenando su noble misión, y sabrán remediar las necesidades que haya.

Tal vez exista una ley de compensación en los bienes y en los males de este mundo. Nosotros, colocados en el centro y corazón de América; en medio de dos océanos, en un territorio fértil como ninguno, amenazado de que lo corten dos canales interoceánicos, que serán venenos de riqueza; nosotros que tenemos todos los bienes que amadas prestan la naturaleza y la civilización moderna, vivimos sin embargo amenazados por esos cataclismos cuya causa tal vez nadie explica, y nadie los puede evitar.

Siempre el mal al lado del bien, siempre una providencia que es incomprendible, y que debe ser infinitamente sabia.

No hace muchos años todavía, allá en los edenes del suelo andaluz, se sufrieron fuertes terremotos. Recordamos con orgullo la noble figura del malogrado Alfonso XII, quien fué personalmente á remediar las necesidades de sus connacionales; y sin querer recordar aquí calamidades análogas en la América Central, acabamos de ver cómo en la República Argentina, adquirió diez leguas de anchura el río Paraná, fenómeno que, según se dice, de diez en diez años se repite.

Haríamos interminable este artículo si en él hubiésemos de consignar los daños que por leyes inescrutables sufren las naciones y los individuos. Costa Rica, nación pequeña pero viril, sacude el polvo que le dejó la reciente ruina parcial ocasionada por los terremotos del 30 de diciembre del año pasado; pronto quedarán remediados los desperfectos que se originaron; y mientras tanto, nosotros, obreros humildes de la prensa costarricense, damos las más fervientes gracias á los hermanos que, en esta desagradable emergencia, nos han demostrado profundas simpatías.

RUPERTO.

DEL NATURAL.

Junto á la puerta el roto pordiosero
una limosna por su dios pedía
y el báculo, en apuros revolvía
contra el mastín que lo atacaba fiero.

Y sólo oyó su acento lastimero
el perro bravo que rabiar lo hacía.
Cuando acosado el infeliz huía,
toca á la puerta un rico caballero.

Da su nombre: sin más, á tal reclamo,
acude el señorón de la morada,
diciéndole "adelante, usted es amo....
nunca estuvo mi casa tan honrada".

Entre tanto el mastín de aquel magnate
va del mendigo en pos, late que late!

Pfo YÍQUEZ.

SOMBRAS.

Se adoraban las dos: castas palomas
que ignorando del mundo las quimeras
en alas de su amor se remontaban
á la región azul de las esferas.

A su felice amante, ella amorosa,
arrulla sin cesar con sus gorjeos;
pero la envidia aguija á un viejo rico,
que al mirarla tan bella, arde en deseos,
y como buitre artero
¡oh poder invencible del dinero!
sin escuchar sus ayes de paloma,
la arrebató inclemente
del lado de su dulce compañera!

En su mirada había el sello
de un infinito pesar;
de pronto echóseme al cuello
y rompió loca á llorar.

Qué tienes? la interrogué
sin saber lo que pasaba;
á mi demanda lloraba,
lloraba, no se por qué.

Estaba ¡oh Dios! tan hermosa,
que de amor en el exceso,
temblando dejéle un beso
en su mejilla de rosa.

Al punto encendida y bella,
desprendiéndose de mí,
exclamó: vete donde *ella*
y no me beses así.

Cayendo á sus pies de hinojos
pedíle entonces perdón,
y temblar sentí en mis ojos
lágrimas del corazón.

Amante por piedad, sé tu la musa
de mi infinito amor ¡luz de mi vida!
y serán para tí todos mis cantos
y todo el fuego que en mi pecho anida.

Ebrío de amor, radiante de ventura,
te diera mi alma y mi existencia loca,
por un suspiro de tu chúrneo pecho,
por sólo un beso de tu linda boca.

EMILIO PACHECO.

El naturalismo.

I.

NO se extrañará que nos ocupemos en la presente cuestión: á pesar de nuestra olímpica indiferencia, á pesar de que las materias literarias, apenas si son estudiadas en nuestro país por un reducido círculo, esa novedad escandalosa que se llama el naturalismo irrita la curiosidad de algunos, provoca la ira santa de otros y pone á los audaces en el caso de imaginarse con la autoridad bastante para opinar de ella y resolverla.

La publicación reciente de unos versos—semejantes á los de Alfredo de Musset, quien describe los estremecimientos carnales y la muerte de Rolla sobre el lecho comprado para los

deleites de su última noche—versos en que juntamente con la idea brota del alma del poeta la forma perfecta y tentadora, tal publicación nos ha inducido á hacer un estudio de ese arte que tiene por objeto la descripción menuda y fría de los pormenores, arte que, á nuestro juicio, vivirá mientras haya cielo y flores, y hermosura y ojos que la contemplan.

Siempre que algún individuo más ó menos superior se ha levantado en un campo de opiniones, pregonando principios opuestos á los que rigen la producción del pensamiento en su país, y ha pretendido hacer escuela y llamarse innovador, y arrastrar en su nueva corriente las aguas acostumbradas á seguir el curso señalado por el gusto dominante, ha nacido una efervescencia de emociones, una nerviosidad de sentimientos que ha dado origen á luchas encarnizadas, á juicios falsos, á discusiones interminables y enojosas, en la que nunca se ha podido extrañar de la simple teoría, el *go*, la personalidad de cada escritor, con todo el cortejo de sus pasiones individuales.

Ejemplo de esta afirmación nos suministra el recuerdo de las luchas que han engendrado las diversas modificaciones sufridas por el sentimiento religioso en todos los países; y no entran como pequeños factores en esa demostración los disturbios ocasionados por los bruscos cambios de sistemas políticos. Pero conviene más á mi abjeto recordar, especialmente, las animadas controversias seguidas á causa de la tradición literaria que rompió últimamente en Francia la escuela romántica, con Victor Hugo á la cabeza.

Las formas que hasta entonces habían servido para modelar el pensamiento de los poetas griegos, así como del gran Corneille, eran estrechas para la fiebre que se apoderó de los entusiastas corazones que recibieron elementos de vida, en un aire cargado aún con los perfumes embriagadores y deslumbrantes de la santa Revolución Francesa.

El campo estaba, pues, preparado. Había recuerdos que hacían brotar el pensamiento, como un sol ardiente arranca de las entrañas de la tierra, las flores más ricas en matices. Las almas eran jóvenes y las tendencias artísticas venían acumulándose de mucho atrás.

El Romanticismo fué un deslumbramiento, un vaticinio. Las nuevas ideas derribaron á las antiguas del trono del Favor Público, y la revolución quedó hecha. ¡Pero qué luchas! ¡Qué discusiones! ¡Qué de cartuchos quemados de una y otra parte! Como leones se batieron clásicos y románticos. Estos tenían por libano el entusiasmo por la libertad, el amor exaltado por lo nuevo, y aquellos, la desesperación de los Reyes por derecho divino, que buscaban en vano un apoyo en instituciones que se derrumbaban ante el mismo soplo que á ellos abatía. La fiebre romántica ha declinado, y hoy vemos claro en el fondo de ese hermoso deslumbramiento que se llamó romanticismo. Hemos venido á la vida en una época menos cargada de vapores embriagadores que la que preparó aquella revuelta literaria, y, por lo tanto, podemos abrir juicio en el debate suscitado entre el naturalismo y la escuela romántica que ya pasó de moda.

Contra Zola, pontífice del naturalismo francés, se ha desatado la cólera de los que creen que esta escuela tiene la culpa de todos los males que afligen á la sociedad; se niega que su sistema de composición pueda aspirar al honroso título de "naturalismo," se le dice que el arte no debe concretarse á copiar la naturaleza, ya sea ésta baja, elevada, bella ó monstruosa, que no ha venido á enseñar un mundo nuevo ni siquiera una forma nueva ó bella; se le acusa de escoger para sus cuadros todo aquello que los verdaderos amantes del arte rechazan, todo aquello que los sacerdotes de la poesía ocultan á los demás y aun así mismos, con la tierna solicitud de una madre que borra con piadosas mentiras los defectos de los hijos de su corazón; y por último, en todos los tonos se le repite que lo que hace es pervertir el sentido moral, y precipitar á las gentes de organización baja en el lodazal de sus miserables pasiones.

Entre tanto, Zola, infatigable trabajador, ha escrito ade-

más de sus novelas, gruesos volúmenes de crítica literaria: todo el mundo conoce la existencia *burguesa* que lleva, eucariñadísimo con su familia, y viendo desaparecer la generación romántica francesa, y venir á reemplazarla una falange de realistas de talento singular.

Sin embargo, la lucha no termina: un tanto calmada en Francia, se recrudece en España, y las espumas de la barrasca llegan á estas apartadas regiones. Aunque no esté en olor de santidad el naturalismo, es conveniente estudiar esta nueva faz literaria, contra la cual se lanzan tantos terribles apóstrofes. Escritores de la talla de Valera, de Alarcón, de Leopoldo Alas, de Campaño, de Emilia Pardo Bazán, se han ocupado en decir lo que es y lo que no es el naturalismo, lo que significa esta nueva tendencia literaria que no condena en absoluto las obras buenas que pueden llamarse idealistas, que condena el exclusivismo de esa escuela, porque éste le niega á él el derecho á la existencia, y que se indigna contra la idea de Proudhon que intenta convertir á los artistas en una especie de cofradía de menestrales consagrada al perfeccionamiento de la humanidad. Estudiemos antes de condenar y sentenciar á la hoguera á una época literaria, fértil, variada, compleja, y que presenta rasgos característicos.

J. M. Pacheco.

TRISTEZA.

Huérfano fui desde mi edad temprana,
Mi infancia en el olvido se pasó,
Mi juventud en el pesado astío
Profundo, abrumador;
Huraño siempre á la ternura ajena,
Pues nunca sentí yo,
Ni en la frente los besos de mi madre
Ni en los labios el beso del amor.

Ya me siento cansado de la vida
Y miro con placer
La calma soporosa de las tumbas,
Y ese triste vaivén
Con que mueve la brisa sollozante
Las enlutadas palmas del ciprés.
¡Qué dulce debe ser estar ya muerto!
¡Qué dulce debe ser!

J. M. ALFARO.

Damos hoy principio á la inserción de un folleto, escrito en francés por nuestro joven amigo, el inteligente, activo y estudioso costarricense José F. Peralta, que hace ya algunos años vive en Europa, donde actualmente sigue completando con muy buen éxito el caudal de sus conocimientos.

El folleto es muy interesante. Es un estudio de la *propiedad raíz* de Costa Rica, hecho á nuestro juicio con notable atención. Aunque no dominamos bien la lengua francesa, nos atrevemos á decir que el librito de José F. Peralta da testimonio del dominio que el joven escritor va teniendo sobre la lengua de Voltaire.

Desde luego creemos que la lectura de esa pequeña obra será grata á nuestros lectores, por mucho que nuestra traducción les deje que desear bastante.

PÍO VÍQUEZ.

LA PROPIEDAD TERRITORIAL

EN

COSTA RICA,

por José F. de Peralta.

ADVERTENCIA AL LECTOR.

Tenemos el gusto de presentar al público, bajo el título *La propiedad territorial en Costa Rica*, algunas notas reunidas por nosotros, sobre la "República de Costa Rica." Hemos querido, como el título del folleto lo indica, dedicarnos especialmente al examen de la propiedad territorial en este país; sin embargo, para facilitar el estudio, hemos creído conveniente principiar nuestro trabajo por un relato sumario de la situación general del país.

El trabajo está dividido en tres partes: en la primera nos ocupamos del período *indio* que precedió á la conquista española; en la segunda bosquejamos rápidamente el período de la *dominación española*, para llegar en la tercera, á la época contemporánea que data desde el día de la independencia de la América Central,—1821.

LA República de Costa Rica es la más meridional de las cinco Repúblicas de la América Central.

Costa Rica limita por el Norte y el Este con la República de Nicaragua y el Atlántico; por el Suroeste con la República de Colombia, y por el Sur y el Oeste, con el Pacífico.

El país tiene la forma de un largo paralelogramo inclinado de NE. á SE., con una extensión de 68,200 kilómetros cuadrados. (*)

No haremos aquí la descripción de las riquezas naturales de Costa Rica. En un próximo folletito tenemos intento de ocuparnos particularmente en ese asunto, y demostrar las ventajas considerables que el mundo europeo podría sacar del cultivo de relaciones estrechas con este país, tan pródigamente dotado por la naturaleza.

Nuestro Gobierno, de su parte, ha comprendido con entera claridad, todas las hienes de que puede ser origen en nuestro país la entrada en él de la civilización europea.

En la actualidad se piensa seriamente en la inmigración, que es uno de los problemas más importantes que debe resolver Costa Rica, porque si el clima es sano, la tierra rica y la vida fácil, la población es poco numerosa y los brazos faltan.

Primer período.—Los indios.

Es muy difícil encontrar noticias exactas de los indios de Costa Rica, relacionadas con los tiempos anteriores á la venida de los españoles. Pero algo podremos decir fundándonos en los vestigios que ellos dejaron, en las relaciones de los conquistadores y los misioneros, que son las únicas fuentes históricas que de aquella oscura antigüedad nos quedan.

Nuestros indios, ocupadores del centro de la América, alejados de los célebres imperios de México y el Perú, y que no tenían tampoco casi ninguna relación con los reinos fundados en lo que es hoy suelo de Guatemala, permanecieron en un estado bastante primitivo.

Sabemos, que, apesar de ello, un rey del Quiché, Q'icab I, hizo grandes conquistas en toda la América Central. Sin embargo, su dominación no llegó hasta nosotros, aunque ya sus súbditos comenzaban á extenderse sobre toda la costa del Pacífico que baña la América Central; y eso explica esas seme-

janzas que se notaban entre nuestros indios del Golfo de Nicoya (sobre el Pacífico) y los Quichés de Guatemala. (*)

Los Quichés en la época de la conquista, eran los indios más adelantados de toda la América Central. Su capital *Utatlán*, según opinan los historiadores Juarros, Fuentes y Yorquemada, era digna de figurar al lado de la capital de *Moctezuma*, (México), y de la de los *Incas* del Perú (Cuzco).

El territorio de Costa Rica, en la época á que nos referimos, estaba dividida en un gran número de tribus, á las cuales los misioneros daban el nombre de *provincias indias*; á la cabeza de cada una había un jefe designado vulgarmente con el nombre de *Cacique*. Todas estas tribus estaban continuamente en guerra las unas contra las otras. Los agresores caían de improviso sobre las ciudades y las cabañas de sus enemigos, á los cuales mataban ó reducían á esclavitud. En algunos lugares los Caciques consagraban su triunfo cortando el mayor número de cabezas para rodear de ellas su morada. Había comunmente alianzas entre las tribus de la misma familia. En las costas del Pacífico y en el centro del país residían principalmente las tribus de los *Charotequans*, de los *Orotinas* y de los *Guctares*.—Todas tenían una religión, poco más ó menos, igual las mismas costumbres y casi la misma lengua.

Ya hemos dicho que estos indios tenían mucha semejanza con los Quichés, los cuales á su vez la tenían en gran manera con los *mexicanos*. Nuestros indios del Pacífico (*) tenían los mismos signos de escritura, las mismas figuras que los de *Calúa* en México (*) y, como ellos, formaban volúmenes compuestos de hojas en piel de venado; en los cuales consignaban con caracteres simbólicos de colores vivos, los hechos memorables de su vida. Los misioneros recogieron gran número de cartas geográficas, que indicaban los ríos, los caminos, etc., pinturas religiosas é históricas, calendarios, zodiacos, etc., (*) que ellos mismos quemaron como objetos de sortilegios.

Estos indios construían una clase de iglesias que ellos llamaban *teyopa*, y sacrificaban á sus ídolos víctimas humanas. La adoración del Sol era la más común, aunque por otra parte tuviesen dioses para cada cosa particular, tales como el de la guerra, el de la lluvia, el del maíz, el del cacao, etc. Los pueblos eran bastante industrioses. Hilaban y tejían el algodón y fabricaban artículos de alfarería. Sabían dar colores muy vivos y diversos á todos estos objetos, de tal modo que los que figuran en los museos conservan todavía una frescura muy notable. Tenían también sus mercados; pero parece que de ordinario solo eran admitidos al comercio que en ellos se hacía, los que hablaban la misma lengua y eran de la misma raza. No conocían la moneda metálica y el cambio era la regla. No obstante usaban el cacao como moneda, y así como los *Izalques*, indios del Salvador, los *Charotequans* contaban por *contles*. Cada *contle* tenía 400 granos de cacao; 20 *contles* formaban un *xiquipil* y 3 *xiquipiles*, que era la mayor medida, hacían 24,000 granos.

Como los *mexicanos*, dividían el año en 18 meses, y cada mes constaba de 20 días.

Los indios de que ahora nos ocupamos reconocían la existencia de ciertas leyes. La propiedad estaba protegida

(*) A la llegada de los españoles había en Guatemala tres reinos notablemente civilizados: el de Quiché con Utatlán por capital; el de los Quichélos con Iximché por capital, y el de los Zutugiles con Atitlán por capital. Las magníficas ruinas de Copán, de que se ven algunos especímenes en el South Kensington Museum de Londres.—Gassigo y Palenque, pertenecen á una civilización mucho más antigua que la que encontraron los españoles. Humboldt, *Nuevo Español*, libro III, cap. VIII. Se puede consultar la obra de M. D. Charney, en un bello volumen ilustrado, escrito en francés: *Las antiguas ciudades del Nuevo Mundo, viaje de exploración en México y en la América Central*.—1867—1882. París, Hachette, 1885.

(*) Creemos útil decir para evitar confusiones, que entre estos indios, en *Jaguas* (en la provincia actual de Guanacaste), se hallaba establecida una colonia de mexicanos. Un hecho idéntico pasó entre los indios del Norte de Costa Rica. Pronto dimos acerca de esto algunas palabras. Se encontraba en efecto en la provincia india de *Ira* otra colonia de mexicanos, perfectamente organizada. Los emperadores de México, que deseaban engrandecer su poder, encontrando dificultades para conquistar provincias tan lejanas, enviaban colonias compuestas en gran parte de comerciantes en pequeña escala y de gentes del pueblo. Los indios mexicanos de la *Ira* eran conocidos con el nombre de *Chiliméscas* y llamados *Zeguas* por los naturales del país, lo que quiere decir *esforzados*.

(*) V. Herrera. Década III. Libro III. Cap. VII.

(*) Véase la Geografía de Lévy, sobre la República de Nicaragua.

(*) Dictionnaire Géographique de Virey de St. Martin.—Letra C.—1888.—Paris

contra el robo entre los individuos de una misma tribu. El que robaba en tiempo de paz era condenado á muerte: se le arrojaba en un precipicio, se le ahorcaba, ó se le arraucaban las entrañas para el sacrificio. Castigo igual existía para los adúlteros y para los traidores. La poligamia no estaba prohibida, pero ordinariamente los indios, excepto el Cacique, sólo tenían una mujer. En la isla de *Chira*, que se encuentra en el magnífico golfo de Nicoya, (*) el Cacique tenía el privilegio de recibir bajo su techo, todas las mujeres jóvenes que estaban ya para casarse, antes que entrasen en la casa conyugal. Se creía ver en esa usanza una seguridad para la paz de las futuras familias, no siendo, por otra parte, los indios, bastante partidarios de todos los mandamientos de la ley de Moisés.

Nuestros aborígenes, como casi todos los indios de la América, poseían cabañas ó moradas bastante amplias para alojar muchas personas. Era el padre de familia quien hacía construir la mansión, y la propiedad de esta pasaba, después de la muerte del jefe, al hijo mayor de la familia.

Llegamos á la propiedad del suelo. Se ha notado entre nosotros que los indios conservan aún después de varios siglos, las costumbres de sus antepasados, y de ello puede deducirse que la propiedad territorial era para los indios antiguos, lo que es hoy para los que subsisten todavía. Al Norte de la República, confinando con Nicaragua, viven, aunque en número muy reducida, los *Gautasos*, antes conocidos con el nombre de *Fotos* y que pertenecen á una provincia *Charotejana*. Su odio á los conquistadores los hizo abandonar el país nativo y retirarse á las montañas. Ocupan actualmente uno de los territorios más fértiles del país, que está cortado por ríos navegables tributarios del San Juan, por donde se trata de abrir el futuro Canal de Nicaragua.

El comunismo de la tierra no existió en otra parte mejor que entre los indios. El suelo pertenecía en común á todos los individuos de una misma tribu. A veces cultivaba cada cual determinada porción un año aquí, el otro allí, y cuando esto sucedía, la cosecha pertenecía de pleno derecho á cada cultivador.

(*) El golfo de Nicoya es una de las maravillas naturales de Costa Rica. Comprende varias pequeñas islas de la más pintoresca así como puertos naturales en abundancia.—*Puntarenas*, sobre este golfo, es el puerto principal de la República por el lado del Pacífico. El golfo de Nicoya, muy rico en perlas, tiene una extensión de cuarenta millas de largo, por doce de ancho. La isla de *Chira* es la principal del archipiélago. Tiene talvez diez leguas de superficie. A pesar de su fertilidad, está hoy completamente deshabitada.

(Continuará).

TRISTEZA Y DOLOR.

En el álbum de la señorita Dolores Montúfar.

Ángel de la tristeza,
desciende á acariciar la frente mía
y vea yo tu pálida belleza
así como solía,
rayo de Luna que besó la palma,
en otro tiempo acariciar mi alma.

El ángel del dolor ! sólo él ahora
en mis entrañas su saeta clava,
y el alma ya no llora
de su pesar esclava;
si lucha, que se ríe indiferente
como ríe de Dios el delincente.

Qué placer es llorar! si yo pudiera
cual tú, Dolores, derramar el llanto
y no llenara el pecho
de tempestades, de terror y espanto:
cómo entonces su suerte bendijera
mi corazón desecado!

Hubo un tiempo feliz que sollozaba
dentro de mí la cándida ternura,
el alma en el sufrir se recreaba
y vestía crespones la Natura.
La mística hermosura
de la flor coronada de rocío,
tais lágrimas llamaba
y en ellas iba mi dolor sombrío.

Ya se agotó la fuente de mi llanto,
se apagó su rumor, como elegía
que entonara la mística poesía
en el silencio santo,
mirando en los cristales,
á la par de los misticos saucedales,
reflejarse la lánguida belleza
del ángel trovador de la tristeza.

Quiéres que narre lo que yo he sufrido!
Quizá tu dulce corazón taladre
cuando te diga, ¡ay! que yo he perdido,
cual tú, mi santa, cariñosa madre.
Ella fué para mí pero mi lira
trémula siempre enmudeció, Dolores,
ante la amada sombra
que veo de mi infancia entre las flores.
Mi corazón delira
por aquella mujer de mis amores;
pero jamás la nombra,
que la palabra muere en la garganta
cuando su voz la tempestad levanta.

Después después la nave de la vida,
perdida el ancla, se arrojó al oceano,
y el altar de la madre bendecida
quise llenar en vano
Coronado de mirtos y de rosas,
para curar la herida,
me senté en el festín de las pasiones,
y ví que se movían silenciosas,
rodando tristemente
y una á una, cayendo de mi frente
las flores de mis locas ilusiones.

Amé la libertad, esto lo sabes;
no ignoras que soy naufrago por ella,
que la adoro por bella,
y que no tengo ¡ay! lo que las aves:
de una rama el abrigo
sobre el árbol amigo
que para hogar les deparó su estrella.

Cierto día en país hospitalario
llamé quedo á tu puerta,
y sentí mitigado mi calvario
al encontrarla abierta.
Llovieron sobre tí las amarguras
y crecieron mis hoadas desventuras,
y ahora te vas y mi luctuosa suerte
el dolor me reserva de perderte.

Cubierto por un líbano glorioso,
que estrellas tiene como el alma cielo,
encontrarás un pueblo prodigioso
en que es verdad la libertad sublime
y un sepulcro adorado, religioso
te dará el gran consuelo
de derramar el llanto que te oprime (*)

(*)—Alude al sepulcro de la señora doña María M. de Montúfar, que murió en San Francisco de California.

Ay! no olvidés allá, tierna Dolores,
al vate de los íntimos amores,
que sufre y ríe indiferente
como ríe de Dios el delincuente.

FRANCISCO E. GALINDO.

LA MUJER EN EL SIGLO XIX.

COMO marcha el mundo! Parece que ha pasado mucho tiempo, y sin embargo fué ayer no más que comenzó el movimiento de promoción de la mujer. Todavía anda por ahí, por uno que otro rincón, la emblemática rueda, especie de ideal que circunscribe todas las aspiraciones y aptitudes de nuestra bella compañera del Paraíso. Hasta la Real Academia de la lengua, tan diligente para anticuar vocablos, frases y dichos, no ha relegado aún al pudridero de rosas viejas aquel refrán grosero (como eran rudos los tiempos en que se dijo) de que "la mujer hourada, la pierna quebrada y en casa."

Contra preocupaciones sociales, contra sutilezas de falsa moral; contra religioso conservatismo; contra leoninas razones de Estado; contra masculino egoísmo inspirando leyes, costumbres, creencias y hasta principios y deducciones de la ciencia, avanza la mujer por esta maravillosa brecha que ha abierto en su camino el ferrocarril, que ha iluminado la electricidad, y que va ensanchando y nivelando más y más la diosa de los prodigios, la Libertad.

Mal que le pese al inventor del refrán aquel, la mujer puede hoy ser hourada, tener sana su pierna y salirse á la calle cuando y como le plazca; que la honra que guardan huesos quebrados, paredes gruesas y puertas que no se abren, no es honra sino impotencia.

A un lado pues, la rueda y el cerrojo. Venga el libro venga la luz, y complétese la humanidad con el ingreso de un nuevo factor en la obra de la civilización universal. Venga la mujer á nuestro lado, y trabaje por el progreso con nosotros. Pasaron los tiempos en que la misión humana era sólo repletar la tierra. Hoy la misión es llenarla de claridades y de bienes. Si el hombre es el Sol la mujer es la luna y ambos pueden iluminar el mundo: el uno con sus rayos que vivifican, la otra con sus reflejos que dulcifican y enternecen.

Nosotros nos complacemos con seguir paso á paso este movimiento regenerador de la mujer, y hoy por hoy vamos á registrar algunos hechos que comprueban la idoneidad del sexo llamado débil, para llenar su parte en las trascendentales fatigas del progreso humano.

Abriremos esta enumeración con el noble acto de una virtuosa soberana. La Reina Margarita de Italia ha establecido un asilo para los ciegos en las fumosas termas de Diocleciano. ¿No es eso borrar con una sublime plumada la histórica celebridad de aquellas cuitas que recuerdan la era de los mártires?

Esto acaba de hacer una mujer nacida en el trono. Veamos ahora lo que hace Mary Stewart, que nació en los departamentos de Georgia, y que fué esclava de Mr. Alexander H. Stephens. Esta oscura sierva, hoy libre, ha inventado un aparato para unir los carras del ferrocarril.

Otra mujer, de la ciudad de Topeca en los Estados Unidos, sin salir de la cocina ha inventado un batidor de crema, cuya patente vendió por \$ 1.400.

La señorita Elizabeth Peabody, célebre por su filantropía y trabajos filosóficos, cuenta más de ochenta años de edad, y continúa con activo interés en establecer escuelas de verano en Concord.

Mrs. Mary E. Bates, es una habilísima cirujana de Chicago, y tiene una gran clientela en dicha ciudad.

Mary Willittis, Doctora en medicina, y Secretaria de la sociedad de Clínica de Filadelfia, acaba de leer allí un magnífico trabajo sobre la nutrición artificial de los niños.

La Reina de Grecia, ha mandado á París una gran suma de dinero para beneficio de un instituto de mujeres rancias y enfermas.

La señorita Kate Field ha sido condecorada por las principales señoras del Lago Salado, por sus esfuerzos en obtener leyes contra el Mormonismo.

En París han sido condecoradas con la orden de *caballeros* de la Legión de Honor, Madame Dieulafoy por su mérito como escritora sobre arqueología y otras ciencias, y Madame Gelas por su contracción en fundar establecimientos benéficos y escolares en Lebanon.

Miss Margaret Bowles acaba de morir en Columbia, en el Estado de Tennessee. Era muy rica, esmeradamente educada y dada á los viajes, en los cuales reunió el más valioso Museo particular que existe en el Sur. Este rico Museo y su magnífica Biblioteca fueron dejados por esta virtuosa mujer al Instituto de Columbia, en donde por espacio de nueve años, dió clases gratis, al propio tiempo que se ocupaba en constantes obras de caridad.

En el Estado de Iowa hay 1,000 mujeres que poseen y dirigen personalmente productivos campos.

En los Estados de Indiana, Iowa, Kentucky, Louisiana, Michigan, Mississippi y Tennessee, las mujeres ejercen las funciones de bibliotecarias en los establecimientos del Estado.

Julia Grace Alexander, es Tesorera de la Caja de Ahorros de Winchester, en New Hampshire.

Mrs. Mary A. Tabbutt, de Chicago, da todos los años \$ 1,000 á la Sociedad Humanitaria de dicha ciudad.

Mrs. Pfeiffer es la autora de una nueva obra que trata sobre la influencia de la educación en la salud de la mujer.

Miss Helen Gray Cone y Miss Jeannette L. Gilder trabajan actualmente en una obra titulada *Recetas á pluma de las mujeres literarias*.

El *Law Times* de Chicago está editado por Mrs. Catherine Waite, y sus dos principales redactoras son dos jóvenes abogadas, Leticia J. Robinson y Elen A. Martin.

Miss Mary Fritelley ha sido nombrada Directora en la Asociación Musical de Georgia.

Los mejores violinistas de los Estados Unidos son dos mujeres: Miss Duke, hija del General Basil Duke de Kentucky y Miss Mand Tarleton, de Baltimore.

Elise P. Buckingham dirige personalmente y con gran éxito una plantación de varios centenares de acres en California, y excita á las demás mujeres á dedicarse á esta industria para la cual cree ella que la mujer tiene suficientes facultades.

En una exhibición reciente de escritores con máquina, la señorita M. C. Grant, de Nueva York, escribió 384 palabras en cuatro minutos y cuarenta y dos segundos.

Hay en Nueva York 150 señoras médicas, y como el doble de este número en Brooklyn y sus alrededores. Entre las de Nueva York hay varias que ganan . . . \$ 10,000 al año, dos ó tres de ella hacen hasta 15 y 20 mil pesos.

La señora Emily Blackwell, graduada, es Presidenta del Colegio Médico de Mujeres, y además tiene extensa clientela. Últimamente ha adoptado un número de niños y les ha formado un hogar.

Mrs. Mary Putnam Jacobi, cuenta con una gran clientela y consulta con los principales médicos de Nueva York.

Varias de estas profesoras practican en los hospitales. El "Lucretia Mott Hospital" en Brooklyn está exclusivamente servido por señoras graduadas.

Algunas doctoras trabajan asociadas entre sí, como lo hacen Elisa M. Mosher y Lucy M. Hall, de Brooklyn, y las dos hermanas Sarah y Julia Mc. Nutt.

Las doctoras Annie Daniels y Kate Parker son mujeres

de elevada ilustración, grande influencia y famosos por sus obras de caridad.

Elizabeth Cashier es una mujercita codéble, femenina en extremo, dulce y silenciosa. Con el cuchillo en la mano asombra por la habilidad y por la audacia. Su ramo es la cirugía; es una anatomista y ovariotoromista insigne.

(De "La Revista Ilustrada de Nueva York.")

MI ARBOL.

Árboles hay que interpretan
Los humanos pensamientos
Y las congojas del alma
Sumida en el hondo duelo.

Ved las saúces como lloran
En el campo de los muertos,
Y hacia las tumbas inclinan
Sus ramajes macilentos.

Ved al ciprés, cual se eleva,
En forma aguda hacia el cielo
Como aspiración suprema
Que va muy lejos, muy lejos.

Ved al laurel floreciente
Siempre verde, siempre fresco,
En sus ramas preparando
Coronas para el guerrero.

Mas yo en mi cansada vida
Un árbol tan solo anhelo:
Es aquel que con su tronco
Facilite hacerme un féretro.

RAFAEL MACHADO.

TO BE OR NOT TO BE.

A Rosario.

Oye, por Dios! los ayes de delirio
Que de ardiente pasión entre el mártirio,
Exhala sin cesar mi corazón.
Oye un instante á quien con fe te adora:
A quien, de hinojos prosternando, implora,
Si no tu amor, al menos compasión.

Tu dulce compasión! Porque he mirado
Tu belleza sin par y me ha extasiado
La lumbre de tus ojos, inmortal;
Y he mirado tus labios, que alcanzaron
El supremo poder, y que alejaron
Mi espíritu del mundo material.

Tu compasión! Porque insensato acaso,
Yo, que de la ilusión llegué al ocaso,
Sorlo estoy á la voz de la razón.

Y fulto de poder sobre mí mismo,
Me arrastra la pasión con fatalismo,
Cual débil hoja que llevó el torbióu.

Y cómo detenerme! Oh! Si pudiera,
Nunca esos ojos que me incendian, viera.
Y arrancara tu imagen de mi ser.
Más, ay! como satélite, inconsciente,
En torno giro de mi sol ardiente
Sin que jamás me pueda detener.

Amar es una ley. Nunca es delito
Que bañe el sol, de luz el infinito
Con sus rayos de intensa claridad;
Ni que brote la flor en el estío;
Ni que corra á perderse el hondo río
Del mar en la profunda inmensidad.

Si! Que nunca dejó naturaleza
De ostentar por doquiera la belleza
Y á la inmutable ley obedecer:
Del hombre el corazón es una planta
Que en el jardín del mundo se levanta
Nutrida por amor, á florecer.

Busquen otros el ruin materialismo
Y lleguen hasta el fondo del abismo
De voráz, ofensiva realidad;
Adoren á los génios de la guerra,
Y conviertan el lodo de la tierra
En Dios de su vulgar felicidad.

Yo rindo culto al puro sentimiento
Que al hombre dá vitalidad y aliento
Y supremo valor para luchar:
Entre las sombras de la vida humana
Vierte su luz, como inmortal mañana,
Sobre el dormido mundo del pesar.

Un bien es el amor. Deja que te ame,
Y en mi febril delirio, yo te llame
Mi sola adoración, mi único bien.
Tal vez el mundo me condene, ciego:—
Y es que no siente el encendido fuego
Con que abrasa el amor mi altiva sién.

Bien pronto ya se llegará la hora
En que la calma dulce y bienhechora
Mi fatigado espíritu hallará:—
"Ser ó no ser!" Si acaso es imposible
Que me puedas amar, mi vida horrible
En tenebroso caos se extinguirá.

Vive feliz! Corónate de gloria!
Y si acaso llegare á tu memoria
Débil recuerdo de mi gran pasión,
Él te dirá que sin tu amor, al mundo
Preferí reposar en el profundo,
Melancólico seno del panteón.

Perdona mi pasión! En vano el alma
Pretenderá olvidarte! Que la calma,
Separado de tí, nunca hallará.
Soy infeliz; lo sé; pero la suerte
Me depara un consuelo:—y es quererte
Del helado sepulcro áun más allá!

GUSTAVO ORTEGA.

San José. 1889.